

## MÁRTIRES AGUSTINOS DEL SIGLO XX (05 de noviembre del 2017)

En contraste, con la interpretación de la religión que hacían los escribas y fariseos, que, en la práctica religiosa, buscaban su propio interés más que la honra de Dios, el verdadero fiel reconoce a Dios como su dueño y señor, fuente de su ser y causa de su salvación; por eso le hace confiado la ofrenda de su vida, que el Señor transforma de una vida ordinaria en una vida esplendorosa. Esto fue lo que sucedió a los 98 agustinos cuyo tránsito a la gloria celebramos hoy.

Queridos hermanos:

Hace diez años, el **28 de octubre de 2007**, en el marco de una numerosa beatificación, llevada a cabo en Roma, de 498 mártires de la Iglesia española en el siglo XX, fueron beatificados el P. Avelino Rodríguez y otros 97 agustinos martirizados por el hecho de ser religiosos o sacerdotes, en diversas ciudades de España, como Gijón y Santander (9), Fuente La Higuera/Caudete (10), Uclés (10), Málaga (4), Leganés (1), Madrid (1) y Paracuellos de Jarama (63). Como día de la fiesta de los 98 mártires, fue señalado el día 6 de noviembre. Éste es el primer año que la celebramos con solemnidad en esta Basílica, el domingo más próximo al día de la fiesta, con el visto bueno del Sr. Arzobispo de Madrid. Y tenemos especial motivo para celebrarla en esta casa, que fue la última comunidad en donde vivieron 53 de los 98 agustinos martirizados en 1936.

Lejos de nosotros el pretender teñir con algún **color político** ni el valiente sacrificio de los mártires, ni la despiadada acción de sus verdugos. Éstos tan sólo pretendieron eliminar a algunos seguidores de Cristo; aquéllos quisieron manifestar su fe y poner su confianza en el Salvador del mundo.

Casi todos, ante el trance de la próxima muerte, morían perdonando a sus verdugos y exclamando bien alto ¡VIVA CRISTO REY!

En **Asturias** el Bto. Severiano Montes, momentos antes de morir, pidió unos minutos para prepararse a bien morir y, tras recogerse profundamente de rodillas, imitando la suprema entrega de Jesús en la Cruz, dijo sereno a sus verdugos: “Yo os perdono ante Dios y ante los hombres” (p. 248).

En **Fuente La Higuera** (Valencia), fueron asesinados un grupo de diez agustinos, pertenecientes a la casa-enfermería del vecino pueblo de Caudete (Albacete). Un testigo presencial relata que “el más viejo decía: «Ánimo amigo y mira, el Señor está con nosotros» y sacó una cruz y se puso a besarla; yo me puse enfurecido – manifiesta el testigo- y cargué el fusil y les disparé, y el más viejo decía: «Viva el Redentor del mundo, viva Cristo Rey» y se reía mirando a la cruz y así murió” (Positio, p. 1208). (p. 16).

Varios religiosos de la comunidad de **Uclés** fueron sacrificados en las cuevas de Belinchón y otros lugares. El P. Enrique Serra, estando “ya en el suelo, en medio de la carretera, miró al cielo y gritó: ¡Viva Cristo Rey!” (p.49).

De entre los numerosos mártires de Madrid y provincia, cabe destacar al **P. José Joaquín Esnaola**, que fue asesinado en Leganés el día 24 de julio de 1936. Tras dispersarse los religiosos del convento de Leganés el día 21 de julio, se había refugiado en casa de una paisana suya en Madrid, pero, al volver a Leganés el día 22 a pagar unas deudas del convento, fue reconocido en Carabanchel, y asesinado al atardecer del día 24 de julio. Había tratado de tranquilizar a su paisana D<sup>a</sup> Ana Arregui, diciéndole: “Señora, no se preocupe de mí, no pase pena, voy bien preparado para morir. Adiós, hasta la vuelta” (p. 130).

Dos comunidades agustinianas de la ciudad de Madrid aportaron diez mártires al grupo de los 98 beatificados en 2007. A la comunidad de la calle **Valverde**, pertenecían el Prior Provincial, P. Avelino Rodríguez, y otros tres religiosos más; los otros seis mártires pertenecían a la comunidad de la Residencia de la calle de la **Princesa**.

Un caso extraordinario fue el de este **Monasterio**, del cual pasaron ciento siete religiosos, el día 6 de agosto de 1936, a los calabozos de la Dirección General de Seguridad. Al hacerles la ficha personal, todos declararon que eran religiosos agustinos que vivían en el Monasterio. Al **P. Julián Zarco** le preguntaron si quería añadir algo más. A lo que declaró que era académico de la Real Academia de la Historia y bibliotecario del Monasterio de El Escorial, pero añadió: “Ponga sólo que soy sacerdote agustino, por eso estoy aquí detenido, no por ser académico o bibliotecario”.

Descontado Fr. Antonio M<sup>a</sup> Arriaga –del número de los ciento siete-, pues fue derivado al Hospital General de Madrid y asesinado el día 30 de agosto, los otros ciento seis agustinos escurialenses fueron trasladados desde la D.G.S. a la **prisión de San Antón**, donde se encontraron con doce agustinos de la Residencia de la calle de la Princesa, que habían ingresado en San Antón el día anterior. Juntos compartieron las privaciones materiales y morales durante cuatro meses. Pues no fueron las carencias materiales su mayor sufrimiento, sino el verse privados de libertad, siendo como eran inocentes.

Además del **trato vejatorio** a que algunos milicianos de la cárcel de San Antón los sometían, mediante arengas soeces en cualquier hora del día y, a veces, también de la noche, así como las blasfemias más repugnantes que puede escuchar una persona sensata. A los más jóvenes los encerraban en una habitación conminándolos, una y otra vez, a que repitiesen las blasfemias que ellos proferían, golpeándoles los dedos de los pies con la culata del fusil y colocándoles la pistola en el pecho. Los jóvenes jamás claudicaron.

En las dos últimas semanas de noviembre se formaron tribunales en la prisión en los cuales juzgaron a los agustinos y a otros presos. El 28 y 30 de noviembre salieron sendas expediciones hacia Paracuellos.

En la del 28, iban el prior provincial, **P. Avelino Rodríguez** y once agustinos más. En Paracuellos, a la vista de las zanjas, el P. Avelino pidió al responsable de la expedición que le autorizase a despedirse de sus compañeros. “Soltándole las cuerdas le permitieron abrazar a todos, uno a uno, y él da a cada uno la bendición, que sin duda alguna debió ser la absolución”. “Una vez que terminó de abrazar y bendecir a todos y a cada uno se dirigió a sus verdugos y les dijo: Sabemos que nos matáis por ser católicos y religiosos, os perdonamos de todo corazón. ¡Viva Cristo Rey!”

El **30 de noviembre** salió una segunda expedición en la que iban 51 agustinos. El P. Monedero, que era prior del Monasterio, y otros, recibieron con alegría la llamada a subir a los camiones de la muerte, como si de una buena noticia se tratase, pues consideraban el martirio como una gracia especial que Dios les concedía. Al salir de San Antón se animaban mutuamente. Los sacerdotes impartían la absolución. Realizaron el trayecto hacia Paracuellos cantando gozosamente como se canta en la iglesia, según relataban algunos conductores de autobuses, al regresar a la prisión de San Antón. Ante los piquetes que los fusilaron en grupos de unos diez, todos daban muestras de gran serenidad y vivas a Cristo Rey.

La tierra del campo de Paracuellos quedó regada y santificada con la sangre de **63 agustinos** (53 de los cuales eran de este Monasterio) y de otros religiosos y sacerdotes y muchos cristianos que fueron sacrificados allí. De todos ellos, se escribieron estas palabras en el libro de la *Sabiduría: Los justos viven eternamente, encuentran su recompensa en el Señor y el Altísimo cuida de ellos* (5,15).

Gracias al P. Modesto González Velasco, que ha proporcionado los datos para la elaboración de esta homilía, así como nos ha brindado valiosas biografías de casi todos los mártires referidos en ella.

Modesto García, OSA